

BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



—¿Qué tal el concierto don Filomeno?
—No sé; no he oído nada porque los músicos no dejaban de tocar.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. SAMA. Madrid.



HISTORIETA SIN PALABRAS
Ayuntamiento de Madrid

(De Il Travaso delle Idee.)

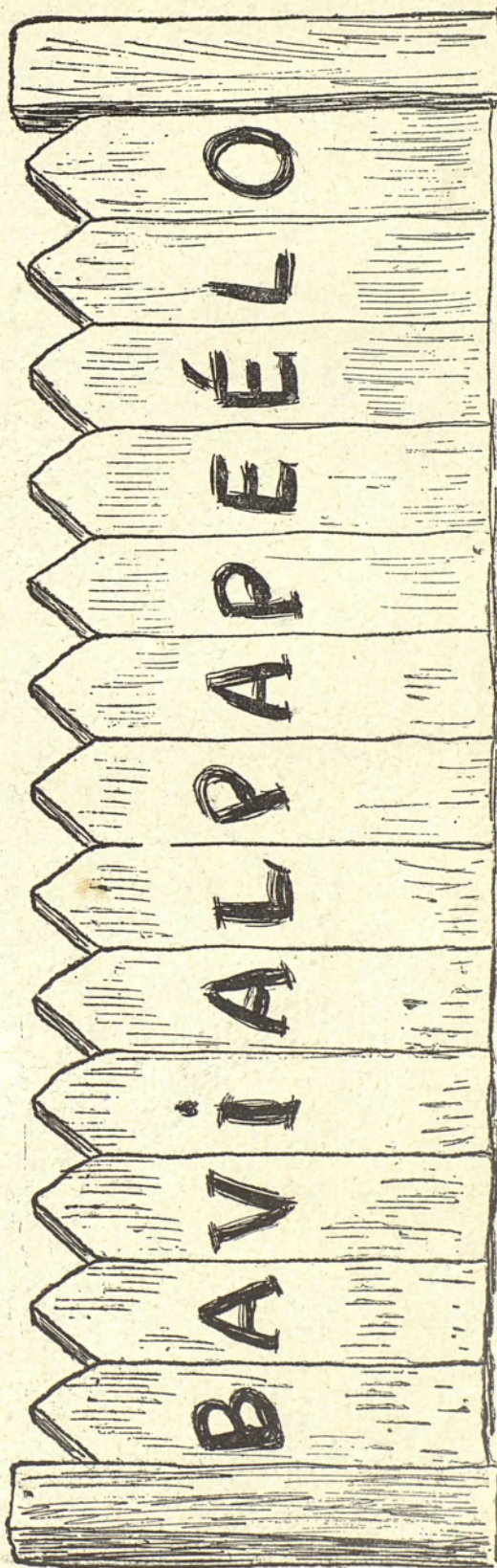
Nuestros Concursos

EL DEL MES DE DICIEMBRE

¡Ojo, señores! Nos encontramos a la vista del tremebundo concurso correspondiente al último mes del año, al mes de diciembre, como ya se habrán dado cuenta. Se trata de lo siguiente: En una céntrica calle de esta Muy Heroica Villa, existía hace años una valla de madera muy semejante a las demás vallas de madera. Pero ésta tenía la particularidad que una mano desconocida, al par que mugrienta, había escrito una frase que pronto se hizo popular y frecuente. Al edificarse el solar a que pertenecía la valla, ésta fué desmontada. Las maderas fueron vendidas, y al cabo de los años, acopladas a otro solar, donde actualmente presta sus servicios en la forma que ustedes ven. Ahora bien, el letrero famoso y popular, estaba de la forma que pueden contemplar a la derecha. Si alguno de nuestros lectores y lectoras recortan, reconstruyen y nos envían el letrerito, se llevarán una alegría, al par que

100 PESETAS

que, como de costumbre en nosotros, constituyen el premio de concurso presente. ¡Ah! El concurso se cierra para siempre el día de San Silvestre, 31 de diciembre, a las doce menos cuarto de la noche, para que nos dé tiempo de ir a la Puerta del Sol a comer las uvas.



NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE NOVIEMBRE

Segunda lista de solucionistas

Ramón Jiménez, de Jaén.
Salvador Dasi, de Valencia.
León Cembrano, de Madrid, cuatro
soluciones.
Aurora Espantaleón, de Madrid.

Cédula 80.029, de Madrid.
Carmen Cuadrillero, de Madrid.
Fernando García, de Melilla.
Cinteta Serres, de Argentera.
Cinta Piqué, de Argentera.

M. M. M. 13, de Girona.
C. S. P. A. P., de Tarragona.
Manuel Rivero, de Casablanca.
Jesús García, de Valencia.
María del Carmen Serrano, de Ma-
drid.

Servando Crespo, de Bilbao, cuatro
soluciones.

María de los Dolores Martínez, de
Madrid.

Alvaro Fúster, de Barcelona, dos
soluciones.

Isabel Martínez, de Madrid.
Dolores Anguera, de Argentera.
José Irureta, de Madrid.
José Luis Herrero, de Alicante.
Bernardino Torres, de Barcelona.
Mariano Pomer, de Barcelona.
Ramiro Serres, de Tarragona.
C. C. C., de Madrid, tres solucio-
nes.

Anita González, de Barcelona.
Enrique González, de Barcelona.
José Alguero, de Requena.
Rafael Solís, de Melilla.
Esteban Gómez, de Madrid.
Carmen Manzano, de Madrid.
Jesús Torres, de Alar del Rey, tres
soluciones.

Miguel Gómez, de Madrid.
Javier González, de Madrid.
Paquita Jiménez, de Melilla.
M. Sánchez Priode, de Madrid.
José Luis Manzanaro, de Madrid.
Emilio Panach (S. U. C. E.),
Cédula número 80.028, de Madrid.
Jesús Delgado, de Ribadesella, dos
soluciones.

Thomas Gunn, de Essex (Inglate-
rra).

Salvador Bach, de Barcelona.
Federico Blasco, de Madrid, dos
soluciones.

Luisito Semper, de Melilla.
Antonio Azcarreta, de Bilbao.
Julián Usandizaga, de Barcelona.
José Félix, de Madrid.
Benito Zárate, de Llanes.
Rogelio Ugarte, de Reinosa.
Amós Literas, de Santander.
Tránsito Zancada, de Zamora.
Ricardita Roger, de Puigcerdá.
Asunción Pérez, de Toledo.
Enriqueta Palacios, de Molledo.
Aurora Crespo, de Getafe.
Sixto P. Andrés, de Infiesto.

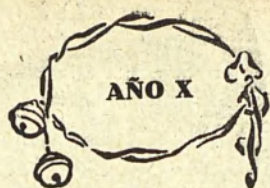
VARON DANDY

AGUA COLONIA

TENER SIEMPRE A MANO

un frasco del Perfume VARON DANDY, es poseer el elixir milagroso, a cuya rara fragancia se abren de par en par las puertas de la Elegancia, del Buen Tono, de la Distinción y de la Supremacía Masculina, para el hombre moderno que en sociedad hace de VARON DANDY su perfume indispensable.

Perfumería Parera BARCELONA



BUEN HUMOR

SEMANARIO ILUSTRADO

Madrid, 13 de diciembre de 1931



ARTICULOS DE HISTORIA

LA COPA DE GINEBRA

El siglo XIX (hoy vengo dispuesto a todo), tan estreñado de logros como fecundo en vagas especulaciones, dió al mundo, y más que al mundo a esa parcela de humanidad que se levanta temprano para visitar los museos (cada uno tiene sus gustos), una procelosa, una insospechable riada de cuadros realistas. Todos esos cuadros que pueden ustedes contemplar en el Museo de Arte Moderno (a mí me lo han prohibido los médicos), en los que sus autores se afanaron por retener, pelo por pelo, botón por botón, arruga por arruga, los más interesantes momentos de la historia patria, ora—las cinco—en su aspecto público, ora—las cinco y diez—en su íntimo recato.

Testigos silenciosos, colgantes y neurasténicos de mis afirmaciones: *La invasión de los bárbaros*, *La muerte de Séneca*, *El testamento ológrafo de Doña Berenguela*, *Lecciones de gramática al cardenal Mendoza por un tío suyo*, *hermano de su padre*, *que el pobre murió de fiebres tifoideas...*, etcétera, etc.

Si yo estuviera de mejor humor, aquí terminaría el exordio de este importante trabajo. Pero como vengo dispuesto a todo, según he tenido el honor de consignar un poco más arriba, pregunto a ustedes: ¿A qué se debía aquel extraño afán de manchar lienzos y lienzos con una bronca familiar entre Felipe II y su aguerrida esposa la princesa de Eboli? ¿De qué ansia honda o subcutánea solici-tación emergía aquel hambre insaciable de detalles,

detalles y detalles? He aquí una pista.

Mientras el hombre actual—este hombre sin americana, sin sombrero, sin bigote, sin barba y sin dos reales—huye de todo lo que sea adorno y detalle, el hombre enchisterado del siglo XIX gozaba horrores orlándose el mentón con los mirtos adustos de la sotabarba, impulsando por la esclusa de las orejas turbulentas cartaratas pilosas y cometiendo actos de verdadero sabotaje para que no se inventara el baño hasta unos lustros después.

El hombre del siglo XIX—abigota-

do, barbudo, *espeso*—era—podemos afirmarlo—un frenético coleccionista de menudencias, un exaltado amante de superfluidades, un acumulador de minúsculas realidades.

Vista la célula de nuestra teoría, sigamos barrenando.

Si el hombre del siglo XIX era un ser paranoicamente realista, ¿qué había de salir de su pincel cuando, para desdicha de sus padres, abrazaba la profesión de pintor? Pues había de salir justamente lo mismo que alentaban sus axilas hidrófobas en el ajetreo de «los lanceros» o en la ceremonia parsimoniosa del «rigodón»; esto es: realidad, copiosa y acre realidad, Horacio.

Así fué como pudo venir a este mundo ese género pictórico que dió al Museo de Arte Moderno el solitario e intranquilizante pergeño de un lazareto. Así, y nada más que así, fué como nacieron los *cuadros de historia*. ¡Qué le vamos a hacer!

Yo, señores diputados, me traigo una enmienda en el bolsillo...

Pretendo, por las buenas o por las malas, cobrar unos cuantos *artículos de historia*, género literario en manifiesta descomposición.

El *artículo histórico* que va a deslizarse por la cucaña de mi estilográfica, es muy bello.

Es aquel instante, preñado de emoción, en que los políticos ilustres que representan a Inglaterra, Francia, Austria, Alemania y las



Dib. SILENO. Madrid.

R. R. S. S., en la Conferencia del Desarme universal, ponen fin a sus humanitarias conversaciones y se disponen a abandonar Ginebra, sin pérdida de momento, para liarse a construir cañones, tanques, submarinos, torpedos, acorazados, gases y bacilos.

¡Sí; debo recordar—y lo recuerdo—que por aquel entonces las monedas de los distintos países allí reunidos estaban que era una pena por el siguiente orden de aflicción: Inglaterra, con su libra poderosa (¡que tiempos aquellos, señor Elgorriaga); Francia, con su franco a 16, y Austria, Alemania y Rusia, con unas ganas enormes de ver, aun que sólo fuera un sujetador de oro.

Todo se halla dispuesto para la partida. Los diplomáticos, que se hospedaban en el mismo hotel, han pedido la cuenta de sus dispendios pacifistas, y la ojean con las cejas trenzadas.

Aun cuando las notas advierten con letra redondilla que, «para mayor comodidad de los señores viajeros, en la cuenta va incluido un 10 por 100 para la servidumbre», cuando los prohombres llegan al vestíbulo del hotel, la mano descarada y antirreglamentaria de un «groom» se adelanta solicitando una nueva propina.

El primero que la advierte es Lloyd George, que avanza sereno, majestuosamente, con esa marcha inglesa que tiene algo de acorazado, boxeador y viñey.

Lloyd George recuerda que en aquellos momentos, además de Lloyd George, es Inglaterra, y, asegurándose el monóculo de la diplomacia (1), se pulsa tres dedos en el bolsillo del chaleco, prende dos libras y las deja caer, ¡toc, toc!, en la sudosa mano del esclavo con elegantísimo ademán.

¡Bello gesto!

El «groom», emocionado, ataca el *God save our gracious King*, pero tiene que interrumpirlo en el tercer verso, porque monsieur Barthout, que ha requisado la escena, se dispone a salir, y, por el momento no conviene particularizar el entusiasmo. En vista de ello, el «groom» se limita a lanzar un pálido viva al Reino Unido... hasta ahora.

A todo esto, monsieur Barthout, político sagaz, ágil deportista y edematoso ciudadano, ha ultimado un rápido cálculo mental.

—Las libras, a setenta...; siete y siete, catorce... Ciento cuarenta francos... Bien.

Y en el acto, metiendo mano a la cartera, toma dos billetes—uno de cien y otro de cincuenta francos—y los hace llegar, planeando, sin motor, hasta la mano del «groom»..., sudosa. (Creo que ya lo he dicho.)

¡Hermosa réplica!

El «botones» destila sonrisas y parabienes. Hay unos compases de *La*

(1) ¡Qué plancha si luego resulta que no ha usado monóculo nunca!

Marsellesa con contrapunto de *La Madelon*, y aquí termina toda la dicha de la jornada, porque por el vestíbulo avanzan, uno tras otro, los representantes de Austria, Alemania y Rusia.

El «groom» sabe perfectamente que en Suiza las botellas de cerveza se etiquetan con billetes de diez mil coronas. No ignora, tampoco, que el millón de marcos es rechazado en los bares latinos a cambio de una anchoa de lata. Ni que los soviets velan inútilmente para estampar el número de billetes necesarios para adquirir media libra de caviar.

Así que cuando el representante de Austria recoge de un ángulo del vestíbulo una maleta gigantesca y avanza con ella hacia el botones, éste, que ha decidido una prudente inhibición, pregunta sin excesiva amabilidad:

—¿Dónde quiere el señor que se lleve eso?

—¿Dónde?—replica el enviado de la Ballplatz—. ¡A tu casa! Es la propina de Austria.

Y sin aguardar un segundo, gana apresuradamente la puerta.

El representante de Alemania llega para entregar su óbolo.

—¡Este me dará un baúl—piensa el muchacho.

Y su sorpresa es extraordinaria al ver que el cachazudo teutón saca de la cartera un talón de ferrocarril y se lo entrega con estas instrucciones:

—Esto es para que retires tu propina... El vagón de billetes está en los muelles de la estación desde esta mañana... Puedes ir a descargarlo cuando gustes...

Sólo resta el enviado de las R. R. S. S. y el «groom» decide huir antes de que llegue.

Mas he aquí que su excelencia soviética galopá detrás del mozalbete, lo agarra por el cuello, le mete en el bolsillo un envoltorio que pesa horrores y le dice con orgullo asiático:

—¡Toma, son los clichés!... Puedes tirar todos los millones de rublos que te dé la gana!...

Y al mutis.

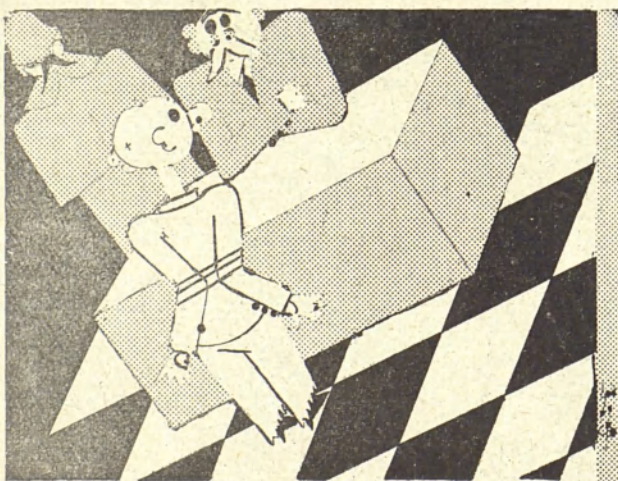
Claro que si aquello en vez de ser un acto transcendentalísimo para la humanidad, hubiera sido un partido de rugby o de baloncesto, no tendríamos más remedio que adjudicarle la copa al político ruso.

Una copa de Ginebra.

Naturalmente.

Por la exhumación histórica,

L. PIELTAIN



—Y cuando robaste, ¿no pensabas en tus pobres padres?

—No, señor; tampoco ellos me dan nada de lo que roban.

Dib. APARICIO. Madrid.



—¡Adiós, Polito! Tú siempre de la Ceca a la Meca.
—No, chico. Ahora es a la taqui-meca.

Dib. RAMÍREZ. Madrid

NOTICIONES SORPRENDENTES DE "BUEN HUMOR"

En Nueva York se ha desencadenado el otro día una espantosa huelga general de sastres, que continúa, cada vez más tremenda, a la hora en

que escribimos estas líneas. A pesar de la amistosa intervención de las autoridades, los huelguistas se niegan a volver al trabajo y han dicho a los

agentes de policía que corten por donde quieran, puesto que ellos no piensan cortar por ninguna parte. Hay quien dice que se trata de una huelga revolucionaria encaminada a dejar en cueros a los capitalistas, y se asegura que el Gobierno tiene todos los hilos de la trama en sus manos, aunque otros sostienen que, los que tienen todos los hilos, son los sastres, para evitar que, en ausencia suya de los talleres, cosa el que no debe coser, cosa que podría suceder muy fácilmente.

Lo que más lamenta el vecindario neoyorquino de esta huelga, es que, por culpa de ella, se va a quedar América sin americanas y esto puede perjudicar al turismo de un modo trágico y espeso.

Y, a todo esto, se suceden los actos de *sabotage* y de violencia; los poderes públicos no se deciden a ponerse los pantalones (sin duda porque los huelguistas los han dejado sin terminar) y los sastres, a ciencia y paciencia de autoridades y guardias, hacen mangas y capirote, aunque lo de que hacen mangas no deja de ser una ilusión de los habitantes de Nueva York.

Las precedentes noticias nos han sido transmitidas por el telégrafo, y suponemos que no tendremos que decirles a ustedes que por el telégrafo *sin hilos*, porque, repetimos una vez más, que, hasta que no termine la huelga, es tonto pensar en que allí haya nada con el menor hilo disponible.

El robo más inexplicable que ha tenido lugar en el mundo fué el del reloj de oro que le quitaron a un caballero, llamado Rosendo Carcabuey, a la salida de la iglesia de San Luis.

Porque han de saber ustedes que el reloj tenía cuerda y tenía cadena, con lo cual parecía que era imposible que se escapase; y, sin embargo, salió andando con el ladrón y esta es la hora en que no ha vuelto.

Un distinguido demente, avecindado en el confortable manicomio de Leganés, nos ha remitido un pensa-



—Mis ideas sobre la música son bastante confusas.
—Yo también tengo *radio*.

Dib. OSCAR. Madrid.

miento filosófico para que le publiquemos en las columnas de este estrepitoso semanario.

Dice así la literaria meditación del aludido mochales:

«Tengo una envidia rabiosa y atroz de la letra del tango argentino ¡Yira, yira!... ¡Y es porque yo soy loco rematado y ella es tonta nada más!»

El lunes pasado puso fin a sus días, y suponemos que a sus noches, el guardia de Seguridad Emeterio Mariño, en condiciones verdaderamente horribles y espeluzadoras.

Cogió la pistola de reglamento y se la aplicó a la cabeza; y después de oprimir el gatillo siete veces, falló en medio de atroces sufrimientos, y decimos esto porque como el arma falló las siete veces, el infeliz suicida tuvo que abrirse con ella el cráneo a golpazo limpio y persistente. Y menos mal que le salió bien.

Como el suicida no sabía escribir con la claridad y la ortografía debidas, no dejó carta para el juez, pero le avisó por teléfono para que se percatase bien y no cometiera la injusticia de culpar a otro de su muerte.

Se saben perfectamente las razones que Emeterio Mariño tuvo para abandonar este valleinclán de lágrimas. Son las siguientes: en 3 de noviembre pasado pidió seis duros a un vecino, y en 21 del mismo mes solicitó cincuenta reales de un amigo de la infancia. No pudo devolverlos, y temeroso de que las autoridades superiores se enterasen de que un guardia daba *sablazos* sin recibir las órdenes pertinentes para ello, adoptó la horrible resolución de quitarse de en medio.

Como nota curiosa, diremos que primeramente pensó suicidarse arrojándose al paso de un tranvía, pero, cuando el tranvía llegaba, era tal la fuerza de la costumbre, que lo tomaba en marcha, no lo pagaba de ninguna manera y lo dejaba a la media hora de darse el gratuito paseo, quedándose tan vivo como antes.

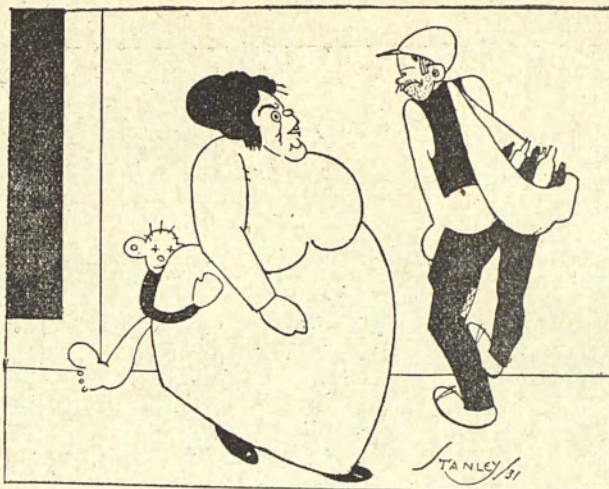
Y para no quebrarse más la cabeza con tantos inconvenientes, resolvió quebrársela con la pistola.

¡Descanse en paz!

Y eso que, como todo guardia consciente, ya ha descansado bastante en vida, gracias a Dios.

Pero, en fin, que siga descansando.

En ciertos pueblos de Escocia, unos



El botellero.—¿Tiene usted cascos?

La señora.—¿Pero usted cree que yo soy una mula?

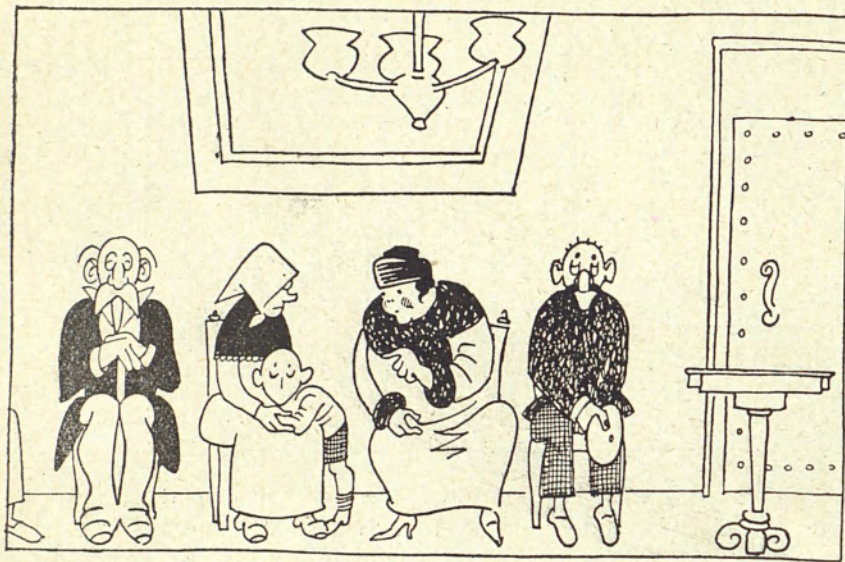
Dib. STANLEY. Albacete.



Ella.—¿De modo que ayer te sorprendió la quiebra de tu banco?

El banquero.—No, querida; no me sorprendió.

Dib. ALLOZA. Madrid.



AYER

Los enfermos esperando turno en casa del doctor para solicitar los auxilios de la ciencia.

días antes de la Nochebuena, la gente toca la gaita.

En cambio, en España, antes de la Nochebuena, no toca más que el gordo.

Claro que al que le toca, porque al que no le toca, lo que le toca es fastidiarse íntegramente.

Pero todo es tocar, que es lo que pretendíamos decir.

El otro día, y en un país eminentemente agrícola, algo alejado de España, y un poco más de Portugal, acaeció una barbaridad que no tenemos más remedio que referir.

Un cabo del Ejército fué víctima de tan dislacerante borrachera, que ni con amoníaco, ni con doce horas de sueño, ni con duchas de agua helada, ni con amenazas de fusilamiento, se consiguió que la curda desapareciese avergonzada.

Los doctores ilustres del país quisieron estudiar el caso; y después de una quemazón de pestañas que duró novecientas horas, dieron con la solución del formidable misterio.

Parece ser que el interfecto había sido invitado a una copa de coñac tres estrellas, y que ésta era la causa de la desaforada pítima.

¡Está claro!... Ofrecerle tres estrellas a un cabo, es para que el cabo se maree de una manera vergonzosa.

Menos mal que, a la hora en que estamos dándoles a ustedes esta noticia, se ha conseguido que desaparezca la borrachera al cabo.

Al cabo y al fin.

Aunque nosotros no sabíamos que

e' fin se hubiera puesto también borracho como el cabo...
¡El mal ejemplo!

El ilustre y por todos conceptos admirado cardenal Richelieu fué el hombre que pronunció más bellas frases en los momentos más culminantes de su existencia.

Se recuerda muy frecuentemente la que dijo el día que le sacaron una muela.

Fué ésta:

—¡¡¡Ay!!!

El bolsista más eminente del mundo reside en París y se llama Jean Barboteau.

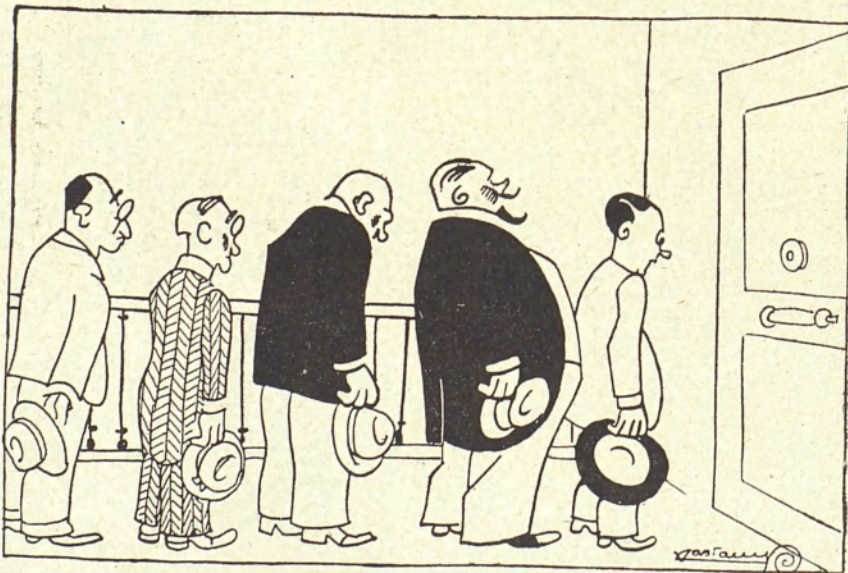
Es un hombre que adivina las cotizaciones veinticuatro horas antes de producirse y que tantea el a'za y baja de los valores con un talento que le tuerce la nariz al profano.

Jean Barboteau observa el franco, toma en peso la libra, vigila el dólar, tantea el escudo, mide la corona, estudia el marco y pulsa la lira.

Si tocase la guitarra, sería un hombre completo.

Por muy charlatán que sea un manco, no hay forma humana de que hable por los codos.

ERNESTO POLO.



MAÑANA

Los doctores esperando turno en casa del enfermo para ofrecerle los auxilios de la ciencia.

DICCIONARIO BURLESCO PARA EL EXCURSIONISTA

Atajo.—Serie de obstáculos que se utiliza para llegar a la estación dos minutos después de haber salido el tren.

Cielo.—Nombre que damos a cualquier compañera de excursión a la hora y media de habernos extraviado juntos.

Viboras.—Comadres campestres que se distinguen de sus congéneres de la ciudad en que no dejan quemar las patatas mientras charlan con las vecinas.

Cardo.—General de la Guardia civil que ha adoptado una configuración insóspeda.

Pinceles.—Armas emponzoñadas que—sin respeto a la sensibilidad artística del prójimo—emplean algunos excursionistas para desfigurar sobre el lienzo los crepúsculos, los rebaños y los grupos de árboles.

Guía.—Volumen útil para desorientarse. (Si es de carne y hueso cuesta un duro y varios pitillos y obliga a bostezar frecuentemente con sus indicaciones.)

Refugio alpino.—Lugar que los excursionistas pueblan de diálogos, canciones y cáscaras de naranjas.

Roca.—Plataforma pétrea que sólo sirve para que las mujeres luzcan las piernas ante los hombres que están debajo.

Gracioso.—Animal de la peor casta que se une a todos los grupos de viajeros y sólo cesa de ser intolerable cuando se le arroja por algún barranco.

Cayada.—Artefacto que se enreda entre las piernas o salta un ojo al que está cerca de su poseedor.

Merienda.—Menú compuesto eternamente de tortilla y filetes empanados que, con el aditamento de varias docenas de hormigas, devoran los excursionistas sentados en el duro suelo entre una y tres de la tarde.

Alpinismo.—Masonería de los enemigos del ascensor.

Estación.—Sitio infecto donde a la ida nacen grandes proyectos, y a la vuelta, el firme propósito de no reincidir.

Vagón de tercera.—Inquisición del dinamismo moderno.

Ferrocarril.—Pegaso antiestético que emplean los excursionistas para ir

en busca del aire puro y el dolor de pies.

Mal humor.—Acompañamiento molesto que surge a los siete kilómetros de marcha.

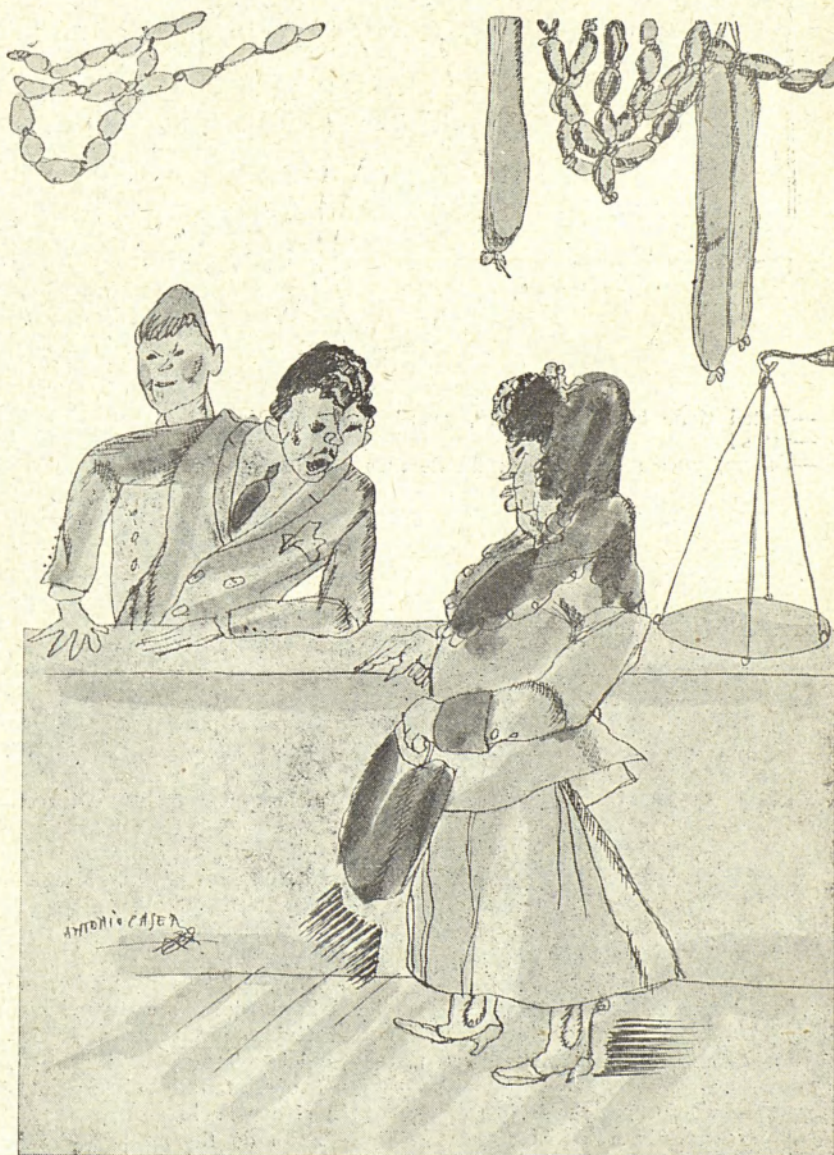
Culebra.—Reptil que simulan ver las señoritas, cuando desean hacerse las interesantes, emitiendo unos grititos,

al tiempo que echan por el aire los zapatos.

Pueblo.—Peligrosa colmena de abejas vagas y enemigas del aseo.

Manantial.—Utopía con que se sueña a la hora de almorzar.

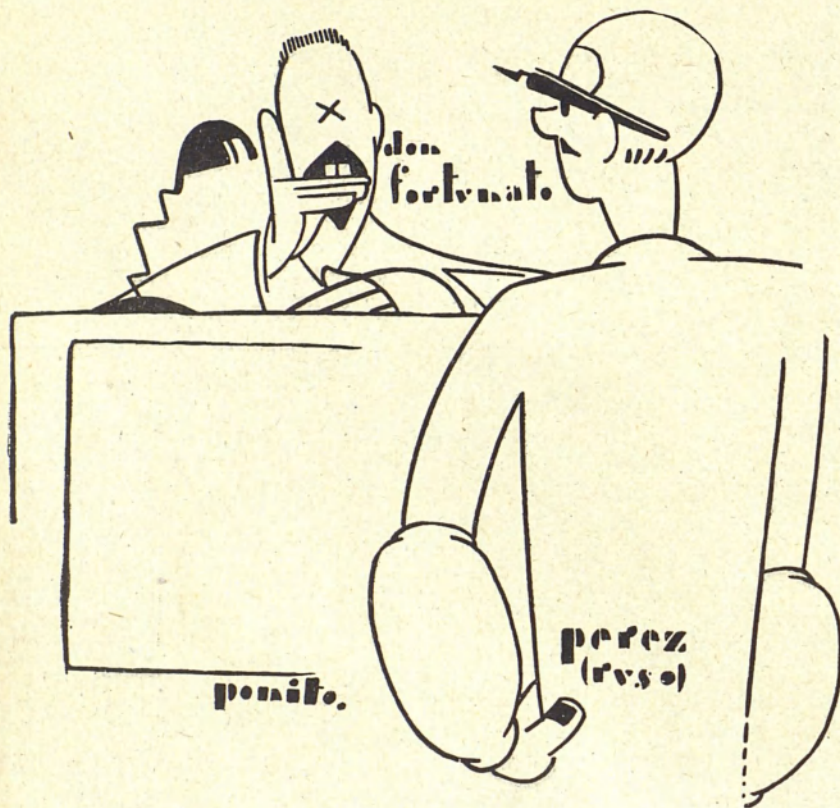
Sueño.—Manantial de reposo que envenenan, durante la digestión, las



—¿Me da usted un bote de mermelada de cabello de ángel...?

—¿Lo quiere usted ondulado...?

Dib. CASERO. Madrid.



—Usted tiene buena memoria, ¿verdad, señor Pérez?
—¡Phs!

—Bueno, pues recuérdeme a fin de mes que le despida.

Dib. PONITO. Jerez.

hierbas, las piedrecitas, las hormigas, las moscas, el sol y otros alicientes de la Naturaleza.

Kodak.—Aparato costoso y veneradísimo que recompensa la inmovilidad momentánea de los excursionistas regalándoles por *in eternum* el espectáculo de su idiotez colectiva. (También es útil para las puestas de sol, los rebaños y acostumbrarse a llevar el morral con precaución.)

Perro.—Hombre superior que come y duerme en el campo sin *termo*, horario de trenes ni tafetán inglés.

Flores.—Cosas inútiles de las que se antojan las señoritas cuando las ven al borde de un barranco o un estanque en los que puedan caerse los caballeros.

Alacrán.—Filósofo provisto de larga uña que para no ver a los hombres reside debajo de las piedras.

Mariposas.—Poetas que, por la misma razón que los alacranes, se apresuran a desaparecer en el espacio.

Excursionista.—Alacrán que acostumbra a cazar las mariposas.

Carretera.—Largo film presidido por el polvo, y en el que se suceden los ventorros, las parejas de la Guardia civil y los vuelcos de automóvil.

Carretero.—Bípodo alcohólico y vestido de pana que circula por las carreteras.

Burro.—Excursionista irresponsable, de ideas cortas y orejas largas, sobre el que suelen cabalgar otros excursionistas de orejas e ideas más reducidas.

Hectómetro.—Bloque de piedra, situado al borde del camino, donde se sienta el viajero para quitar las chinillas que le molestan en el calzado.

Kilómetro.—Extensión que se alarga según el cansancio.

Ida.—Lapso de tiempo poblado de cánticos y risas.

Vuelta.—Lapso de tiempo pletórico de silencio, picores y pensamientos desagradables.

Nieve.—Broma de la Naturaleza, a base de frío y resbalones, que se antoja deliciosa a cincuenta kilómetros de distancia.

Pinchos.—Plaga campestre que comienza arañando las pantorrillas y termina incrustándose hasta en los alimentos.

Gusano de luz.—Serenio rural que no es de Galicia.

Tormenta.—Conflicto líquido que horripila a los excursionistas como el final de mes a los matrimonios con seis hijos.

Sol.—Huevo frito de gran tamaño que se saborea en enero y da náuseas en agosto.

Posada.—Tugurio infecto donde se come tocino y pan negro, y llámase lecho al cuartel general de miríadas de insectos enemigos del hombre.

Campo.—Lugar donde los seres humanos centuplican la fatiga adquirida en la ciudad. (El más inofensivo es el de gules, que no figura más que en los blasones heráldicos.)

Lobos.—Bestias salvajes que se diferencian del hombre en que no comen el cordero con fenedor.

Sierra del Guadarrama.—Sistema orográfico situado a poca distancia de Madrid, casino de pulmonías y clave de la ruina de muchos veraneantes.

Automóvil.—Medio de transporte que dignifica las excursiones y las empresas de pompas fúnebres.

Ocho de la mañana.—Hora que las personas inteligentes consagran al sueño y los excursionistas a apretujarse en los andenes.

Morral.—Joroba deportiva donde el «jersey» se mancha de grasa y se extravían los paquetitos de caldo «Maggi».

Cantimplora.—Recipiente donde llevamos un agua que siempre se calienta para terminar no bebiendo más que vino.

Pastor.—Bestia inclasificada que dirige a otras bestias de sencilla clasificación.

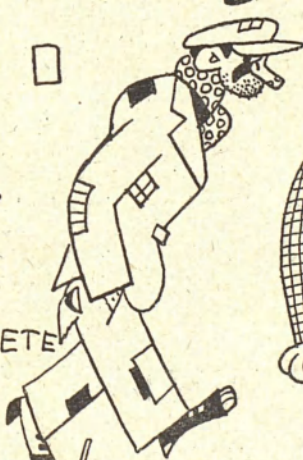
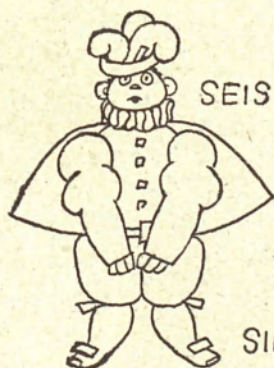
Posaderas.—Carnosidades que se recien los alimentos sin consultar a la Junta Central de Abastos.

Posaderas.—Carnosidades que se resienten después de un prolongado contacto con las rocas.

Puente.—Artilugio de piedra o madera colocado sobre los ríos y que nunca se encuentra cuando hay necesidad de trasladarse a la otra orilla.

LUIS ARDILA,

□ LA BARAJA □



Dib. GARRIDO. Madrid.

ELOGIO DEL ULTIMO TRANVIA

Al filo de las dos el último tranvía rompe la noche con su desliz chiriante y el tintineo de su timbre.

El último tranvía avanza por las calles solitarias, junto a los árboles adormilados de los parques y los faroles de gas, únicos que resistieron la madrugada; avanza rápido, como si tuviera sueño y confiase a un postrer esfuerzo el llegar antes a la cochera. En derredor suyo el empedrado va iluminándose con una luz dorada.

Las calles saludan al último tranvía con insospechados ecos nacidos entre las sombras, y entre estos ecos y el repiqueteo del timbre se entabla un diálogo de despedida.

El último tranvía es como el superviviente de una raza de monstruos. Son trasnochadores solitarios, verdaderos misántropos, o, por mejor decir, pobres animales rendidos y somnolientos.

Yo siento por él una simpatía grande. Es el que soporta los más rudos ataques del público y el mayor peso. Además todos le desean y nadie le compadece. Hasta los «taxis», quietos junto al encintado de las aceras, miran

con odio a estos pobres tranvías que les roban un seguro puñado de viajeros.

Sin embargo, el último tranvía es el más amable, el más acogedor. En su interior se apiñan y cabecean, concediendo al sueño un anticipo, mayor número de personas que de costumbre, y una cordialidad sincera, lograda durante noches y noches, reina entre todos. Sí. Los viajeros del último tranvía son siempre los mismos, se conocen entre sí y se aprecian. Les ha unido la convivencia en el mismo barrio, ya que no en la misma calle, y ese afecto, esa dulzura un poco infantil que da al hombre el cansancio.

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches, don Florencio.

¿Ya de retirada?

—Sí. ¿Y usted?

—También. Leocadia se inquieta cuando advierte que he perdido el último tranvía. La pobre, con sus nervios...

—Yo es que como me levanto a las nueve de la mañana...

—Fíjese: don Antonio se ha que-

dado dormido. Y estamos frente a su casa. ¡Eh, don Antonio, que ya ha llegado usted!

—¡Ah, gracias! Este sueño... Buenas noches, señores.

—Que usted descanse.

—Hasta mañana.

—¡Qué buena persona es!—comenta uno de los viajeros cuando don Antonio ha descendido—. Le conozco hace doce años.

Y con una incongruencia que pasa desapercibida, añade:

—Además tiene la colección de capicúas más interesantes del mundo. La Empresa ha intentado comprársela, para publicarla en unión de un retrato de él y un anuncio que dijese: «Don Antonio García, probó funcionario de Hacienda que ha dedicado su vida a coleccionar billetes capicúas de los tranvías de esta ciudad y ha logrado reunir un crecido número de ellos.» Pero don Antonio, que es la modestia hecha persona, se ha negado, no obstante las interesantes ofertas que le han hecho.

Hay una pausa. Uno de los viajeros lee la crónica de sucesos de un diario de la noche; otro, unidas las manos sobre el abdomen y caída la cabeza sobre el pecho, ronca con estrépito; al lado suyo un joven se abstrae en la contemplación de las puntas de sus zapatos.

Se detiene el tranvía.

—Que ustedes sigan bien.

—Adiós. Hasta mañana.

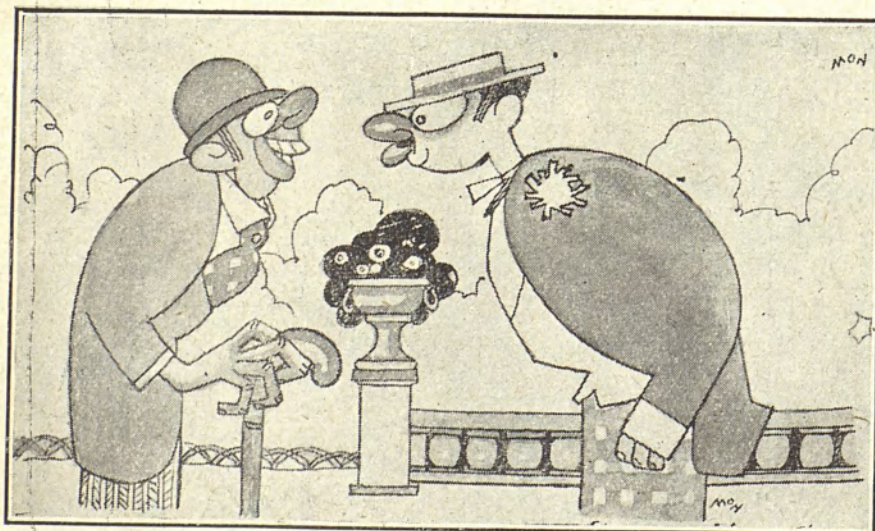
Los que quedan miran con envidia al que se marcha.

—Ese hombre — piensan — estará acostado antes de que nosotros lleguemos a nuestras casas.

El último tranvía tiene un ambiente romántico y familiar. Es como una casa de huéspedes movable a la que sólo falta una mesa camilla en las noches de invierno o un botijo en las noches de verano.

Yo, que conozco su amable paz, su dulce gesto acogedor, siento un gran cariño hacia él.

¡Señor: resérvame siempre un huequito en el último tranvía! ¡Aunque sea junto al trole!



—Créame, es una desgracia eso de tener muchos hijos. Sube usted a un tranvía y se le van sesenta céntimos de una vez.

—Sí, pero en cambio tiene usted más probabilidades de que le den un capicúa.

Dib. MONDRAGÓN. Barcelona.

JOSÉ SANTUGINI.

Ayuntamiento de Madrid

BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS

NUESTRA AVENTURA DE AMOR CON LA ACTRIZ ROSARIO PINO

Ha celebrado su beneficio la actriz Rosario Pino. Mujer que supo, al hacer arte, ser mujer, sobre todo y ante todo; y que supo, al ser mujer, hacer arte vivo y único—ese arte que compendia su prodigio en la palabra «mujer», sin adjetivos posibles—, no puede celebrar su beneficio sin que nosotros le enviemos una flor, siquiera sea de papel, y de papel escrito, como éste.

La flor de nuestro homenaje consiste en descubrir, en este instante, que nosotros escribimos, hace años, una carta de amor a la actriz Rosario Pino.

Vivíamos, ella y yo, en la misma casa hace años—una casa, por más señas, de la calle de Jorge Juan—; ella, en el principal; yo, en el segundo. Cada vez que un servidor bajaba o subía la escalera, y estaba Rosario Pino esperando a la puerta del piso a que la abrieran—cosa que sucedía varias veces, no tantas como yo hubiera querido—, los ojos de Rosario saludaban respondiendo a nuestro saludo. Yo no sé si eran los ojos o si eran solamente las pestañas—esas pestañas de curva de asta de toro, tan imponentes y bellas como las astas mismas de un espléndido Veragua—quienes producían aquel rit-

mo de subida y de bajada silenciosa, pero yo puedo decir que desde entonces conozco perfectamente la sensación que sienten, sin duda alguna, los huecos de escalera de las casas donde hay ascensor cuando el ascensor sube y baja... Cuando el abanico de pestañas subía y bajaba, subía y bajaba por el hueco de nuestra escalera anímica una bola diez veces más grande que la de Gobernación, una bola que aspiraba a subir al quinto cielo y que se quedaba atascada en mi epiglotis.

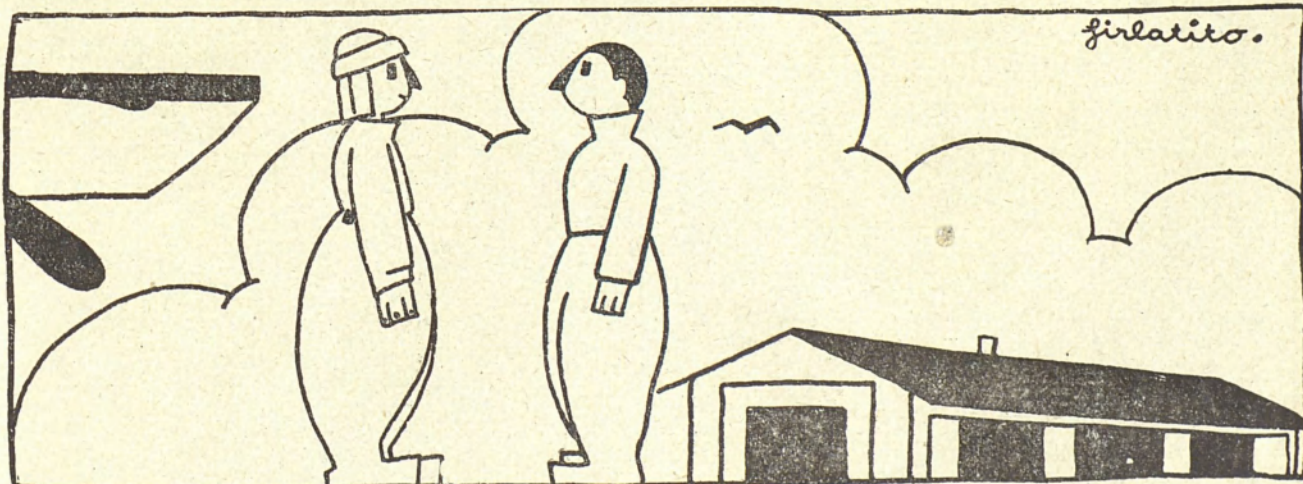
Cuando, a los años que yo tenía, entonces, se encuentra uno unos ojos como los que entonces tenía, y ahora sigue teniendo esta mujer, se produce, fatalmente, un fenómeno epistolar: se escribe una carta. O a los ojos, o al juez. Si la carta se escribe al juez, se suicida uno en seguida. Si la carta se escribe a la dueña de los ojos, se manda la carta... o no. A veces, no. Esta vez. Yo no le envié la carta. Pero la escribí; palabra.

Y no estaba mal la carta, no se crean. Ni prometía morirme, ni estaba en verso, ni nada. Decía sobre poco más o menos: «Dos pisos más arriba hay una criatura que estaría en sus glorias si pudiera bajar esos dos pisos y encontrarse en el princi-

pal, charlando con usted. Usted, a lo mejor, se aburre en algún momento. ¿Quiere usted, en esos momentos, llamarme, a ver qué pasa?» La cosa no podía ser de más sentido común, ni más sencilla. Yo soy un hombre de gusto, aunque ustedes se figuren lo contrario; y yo entiendo de arte y de belleza, aunque ustedes se crean lo contrario. Los hombres como yo, que entienden de eso, van a los Museos y dicen: «¿Me quiere dar una entrada?» Lo más natural del mundo, ¿no es así? Pues eso, lo natural, fué lo que a mí, por entonces, se me ocurrió al saber que allí mismito, bajo mi tejado mismo, tenía yo una pieza de Museo; una Venus de cuerpo entero, con brazos y todo—entera—, y no como otras...: se me ocurrió escribir pidiendo un pase de libre circulación.

Luego no mandé la carta... ¡Locuras que hace uno!... Y así quedé—como tantas—, cortada en el primer acto, aquella comedia mía que va a encontrarse ahora con su epílogo.

¿Por qué no mandé la carta? No sabemos... Pero eso nada importa; lo importante es que yo, ahora, estoy en situación de figurarme, como a mí me dé la gana, los dos actos—segundo y tercero—de la comedia no escrita.



—Y para este primer vuelo, ¿se sentirá usted con condiciones de ave?
—Creo que sí. Ya tengo carne de gallina.

Dib. FIRLATITO. Cáceres.

Claro que, estando en mi mano, había yo de figurarme, por supuesto, que la actriz hubiera dicho, de haber recibido mi carta: «Sí, por Dios; baje en seguida!»... Y estando también en mi mano suponer que se habría enamorado, no voy a ser tan tonto y tan grosero que prefiriese imaginar cosa distinta.

La continuación de la obra, por lo tanto, está bien clara: ella, por curiosidad, recibiría al muchacho; el muchacho tendría, ante ella, una cara de primo tan auténtica, que ella se conocería y con eso tendrían bastante... Cuando una mujer recibe a cada paso las ofertas de amor de tanto tío, puede un primo llevar la ventaja. Una criatura sincera... un amor de buena fe...

Podía muy bien haber terminado el primer acto con dos insomnios ilusionados: uno, en el principal; otro, en el segundo...

Pero..., ¿qué hubiera pasado después? ¿Qué substancia dramática hubiera nutrido el acto del «nudo» más o menos gordiano?

Hay una comedia de lord Dunsany que tiene un título breve, lacónico: «Si...» Un caballero inglés pierde un día el tren... ¡grave falta!... ¡Falta de puntualidad!... ¡Qué deshonra!... Un poder misterioso y mágico le ofrece un día la merced de concederle lo que pida; y el caballero pide, ¡cómo no!, rehacer su vida tal y como su vida hubiera sido si no hubiera perdido el tren aquel día. Resulta, con ello, que en el tren aquel perdido iba una criatura con faldas y con... complicación.

Ahora me encuentro yo como en el caso del inglés: Sí... Si hubiera esta comedia tenido los varios actos que no tuvo, ¿qué hubiera podido ocurrirnos? A mí, desde luego, algo bueno: tendría en este momento, en mi

ejecutoria personal y cardíaca, un amor, un desengaño, una cana, debidos a Rosario. Podría decir hoy, invitando a los amigos a que me auscultaran: «Escuchen mi corazón: falta un golpe cada cinco, ¿no lo notan? Fué el latido que aquella mujer hizo suyo para siempre. Como yo se lo di, me falta ahora.» Yo hubiera, de todos modos, salido ganando siempre. Pero ¡ella!...

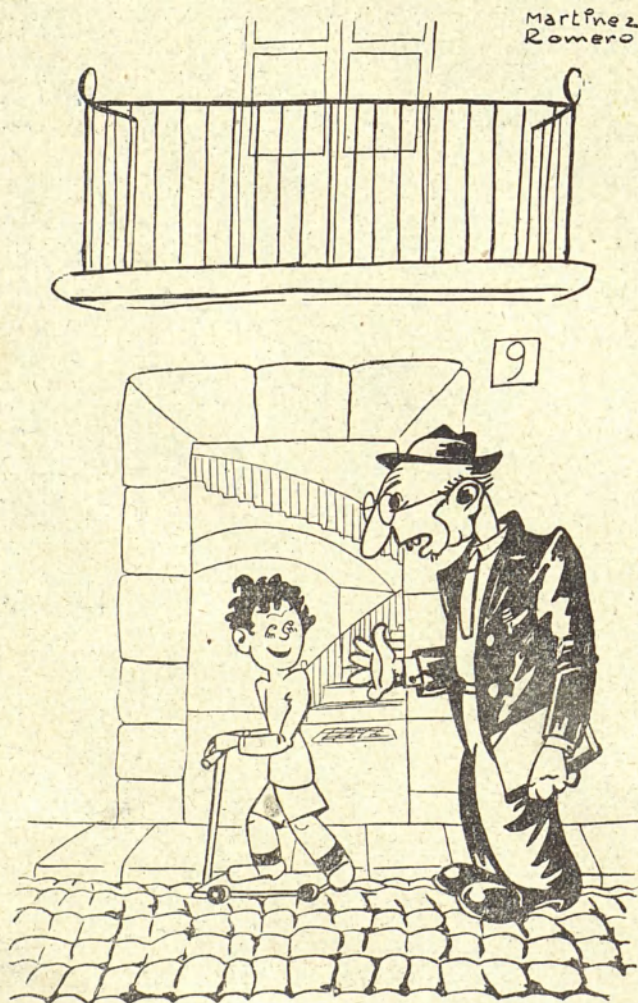
Renuncio a demostrarles lo funesto, lo calamitoso y pésimo que hubiera resultado para ella el que su corazón o su destino hubiesen querido anudar una comedia con el imberbe vecino del segundo. Por muchas representaciones que hubiese conseguido esa comedia, no hubiese terminado en beneficio para la protagonista. Renuncio a demostrarlo, porque no me es agradable desacreditar a un compañero; pero basta que yo se lo afirme a ustedes, bajo palabra de honor y seriamente, para que ustedes me crean. La Providencia, que ha sido tan pródiga con Rosario y le ha concedido siempre, como actriz y mujer, todos sus favores más preciados, quiso hacerle un favor más: el quitarle la ocasión de que ella—por buen corazón, por humanitarismo—hubiera concedido al joven del piso de arriba una de aquellas pestañas que dejaban al vecino, a cada paso, sin pestañear y en colapso.

Si ella hubiera puesto sus ojos en aquel muchacho, el muchacho le hubiera—entre otras cosas—resultado, con el tiempo, ¡literato!... La Providencia lo sabía y dijo: «No... No he favorecido yo tanto a esta mujer para luego fastidiarla de este modo.» Y se las arregló de manera que yo no enviase, por fin, la carta que había escrito.

Por eso quiero, ahora, mandar a Rosario Pino con motivo de haber celebrado, hace unos días, un beneficio más, entre tantos de su vida tan justamente gloriosa, esta ofrenda nuestra de hoy, esta flor de tres pétalos, que dicen: uno de ellos, «cumplí con mi deber»; otro de ellos, «¡muchas gracias!»; el otro, «culpa mía no fué... fué del destino».

El pétalo primero le demuestra que nosotros cumplimos con nuestra obligación de personas cabales y sensibles: la de quedar turulatos al encontrarla a usted en la escalera y poder ofrecerle el corazón ensartado en sus pestañas. El pétalo segundo da las gracias por la bondadosa atención que hubiera usted tenido al enamorarse entrañablemente de este afectísimo y seguro servidor. El pétalo tercero explica por qué causa—providencial y por completo a su favor—no llegó mi suspiro a sus manos. No llegó por designios superiores; pero suspiré; lo juramos.

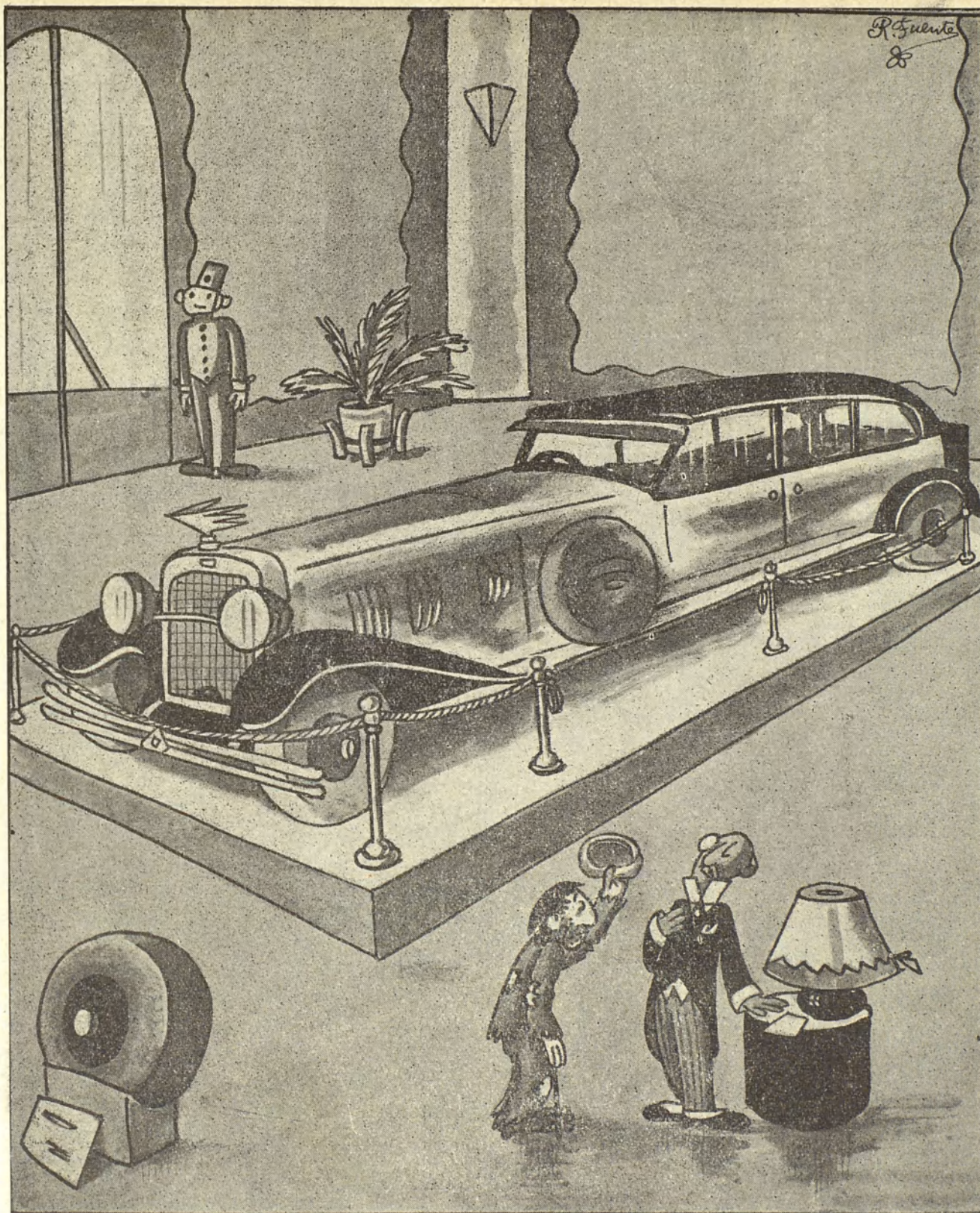
MANUEL ABRIL.



—¿Qué has hecho de la peseta que te dí para que compieras el violín de tu padre?

—Me he comprado una trompeta.

Dib. MARTÍNEZ ROMERO. Madrid.



El mendigo.—Yo, caballero... no quiero engañarle. Aunque soy un pobre, hablo siempre con el corazón en la mano. Sinceramente, señor... yo no vengo a comprarle a usted nada, vengo a pedirle dos centimitos para ayuda de un panecillo.

Dib. FUENTE. Madrid.

VIDA Y DULZURA

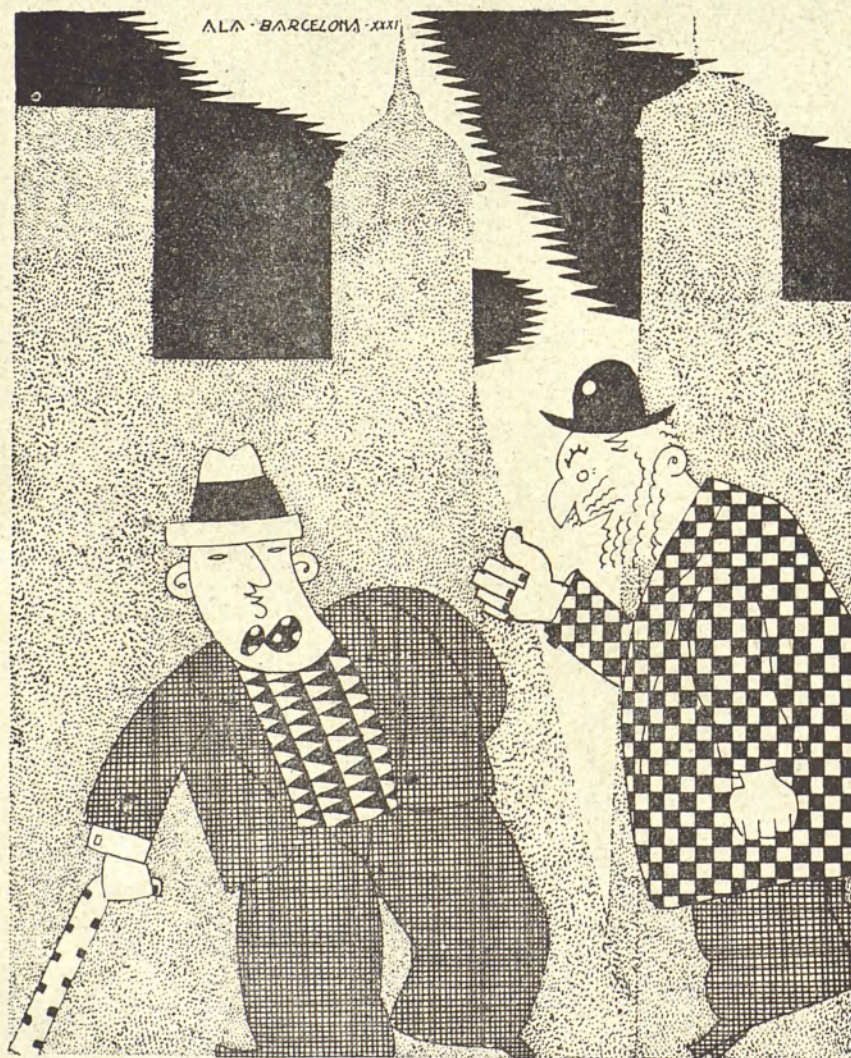
Habr   más de un fabricante
que en Jijona, en Alicante
y en Toledo, y en Al  oy,
está hoy
dedicado a producir
turrón blando (cual yo soy),
turrón duro de partir,
mazapán y peladillas
cosa buena

de que las gentes sencillas
se atracan en Nochebuena).
Mas todo en precio ha subido,
y creo, por consiguiente,
que esos manjares, que han sido
siempre objeto preferido
de esa gente
que goza una atrocidad
cuando llega Navidad,

con su pavo y su Belén,
estarán caros también,
y no habrá nadie, de fijo,
que pueda comer turrónes,
a no ser un Romanones
o un Urquijo.
  Cabe mayor desventura,
para el que al dulce se aplica,
que renunciar a la rica
confitura?

Si hogaño el turrón sabroso
vale a seis duros el kilo,
  c  mo va a mirar tranquilo,
quien ha nacido goloso,
que lo coma el poderoso
sin probar él una miga,
pues, por faltarle la luz,
tiene que hacerse una cruz
en la menguada barriga?
  Estar   bien el tener
que vender

un hotel o un olivar,
si se ha de querer comprar
guirlache o turrón de yema?
  Morrocotudo problema
va a ser, para el ciudadano
que no se halle en situación
de tener un duro a mano,
querer comprar ni un pi  n!...
En fin, por lo que se ve,
aunque no tengamos guerras,
el que junte pocas perras
como un servidor de   ust  )
(merced a los disparates
de los que quieren medrar),
se tendrá que conformar
con ver los escaparates.
  Bajen esos alimentos
suculentos,
que son para los golosos
deliciosos!
  Cese tanta demasía
(porque es una picardía),
y tendremos buen humor...
si nos protege el señor
ministro de Economía!



—  Y en qué se apoya usted para decir que yo soy un imbec  l?
—Me apoyo en mi garrota.

Dib. ALA. Barcelona.

JUAN PÉREZ ZÚNIGA.



EL PUEBLO JUDIO A TRAVES DE LA ANECDOTA

Hará cosa de ochenta años que actuaba Rabbi Salomón Pealstain en Juntstof, honorable parroquia establecida al pie del alto Tatra. Era este hombre un gran sabio, pero extraordinariamente simple; su candidez estaba constantemente de manifiesto, pero con más gracia que nunca se reveló en el entierro de «Rosch Medina», el jefe laico que resolvía las



—¿Tiene usted vértigos?
—Solamente por la noche,
doctor: mi mujer duerme con la boca abierta.

cuestiones surgidas entre las comunidades judías. El difunto, que empezó por ser un zurupeto, sin protección de nadie, llegó a amasar una considerable fortuna y a convertirse en el hombre más poderoso y bienquisto de toda la comarca, porque también su conducta religiosa era intachable. Por toda oración fúnebre no supo decir el rabino más que esto:

—¡Pobrecito, qué poquita cosa era!

Durante los primeros años de su vida, Chajim Selig Slonimsky, que era un gran astrónomo, tuvo que luchar frecuentemente con apuros y estrecheces; pero creyendo un día haber descubierto un nuevo astro, empezó a trabajar sin descanso para en-

contrar el origen y clasificación que le correspondía.

Un día, malhumorada al fin su mujer, le reprochó agriamente diciéndole si no sería más práctico para la familia dejar de mirar al cielo y emprender otro camino más lucrativo.

—Paciencia—contestó el marido—, hasta que haya encontrado la estrella, porque entonces seremos ricos.

—Sí, sí—exclamó la mujer—, que te crees tú eso; te conozco bien y sé que encontrarás antes diez astros en el cielo que un rublo en la tierra.

Un nuevo rico judío de Polonia heredó una finca rústica, por lo cual, al igual de los cristianos nobles, tenía ya derecho a usar un coche con cuatro caballos.

En el primer viaje que hizo desde su finca a una gran ciudad próxima, tomó consigo en el coche algunos «colonos» judíos de condición muy humilde.

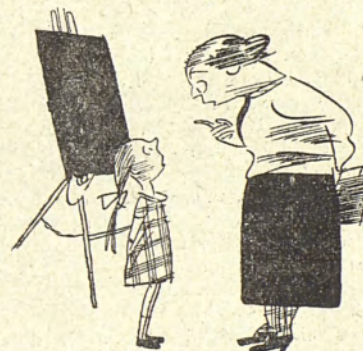


Consecuencias de las Exposiciones coloniales en Europa.

(De *Vie Parisienne*.)

El lujoso tren llamó la atención de unos cuantos chiquillos que jugaban en la carretera, los cuales, percibiendo en seguida a los barbudos judíos, empezaron a arrojarles una lluvia de piedras que causaron grandes desperfectos en el magnífico coche.

—¡Qué lástima—exclamó uno de los colonos—, no viniera de una vez el Mesías!



—¿Quién fué Buda?
—El hombre que descubrió
Budapest.

—¿Qué pasaría entonces?—preguntó el nuevo rico, que con la venida del Mesías no quería perder su dinero.

—Pues que se cambiarían los papeles; ellos irían en el coche y nuestros hijos detrás tirándoles piedras.

—Quita, quita—repuso el nuevo rico—, prefiero conservar mi coche y que me sigan apedreando.

Chajim Selig Slonimsky solía pedir con frecuencia algunos auxilios pecuniarios a los judíos ricos de Varsovia, con el fin de poder editar sus libros hebreos.

—Pido este dinero a los ricos—dijo a un amigo—para que siquiera una vez sientan una alegría pura.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Pa **ra el Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

EN UNA VISTA

El presidente al procesado que se encuentra con la bota puesta.—Usted sabrá, seguramente, que aquí no se puede estar cubierto.

El procesado.—Yo no sé nada, y el que quiera descubrirme no lo conseguirá.

El presidente al ujier.—Quítele la gorra inmediatamente.

El procesado.—Quítame la gorra, bien; pero al descubrirme que a nadie se le ponga en la cabeza.

Cucufate (Pamplona).

EN LA CERVECERIA

El camarero al picador de toros, viendo que éste ha agotado el líquido de un recipiente: —¿Le cambio el tercio, señor?

—¡Ese es mi mayor encanto!
Mateo Pascual (Madrid).

EN EL JUZGADO

El secretario: —Bueno, pues aunque no haya ganas de trabajar, ha de despacharse sin falta esa diligencia de embargo contra el comerciante Pereda. ¿Me entiende?

El oficial: —Sí, señor, sí; que contra Pereda, diligencia.

Juan Simón, el Enterrador (Enguera).

—¿En qué se parecen los toros a los taxis?

—En que los ponen «banderillas».

Benjamín López (Madrid).

El premio correspondiente al chiste del número anterior, ha sido declarado desierto.

EN UN RESTAURANT

Parroquiano: —Oiga, camarero: tráigame un buen filete con patatas.

El camarero se lo sirve, y el buen hombre, después de comarse las patatas, empieza a dar vueltas al filete e intenta

partirlo con el cuchillo, pero todo en vano, hasta que ya cansado y desesperado, llama al camarero y le dice:

—¿No tiene a mano una cuchilla de zapatero?

Camarero: —No, señor; aquí no se usan esas herramientas.

Parroquiano: —Pues debían de usarlas, porque esto, en vez de restaurant, es un almacén de curtidos, y si no, fíjese en el filetito que me ha servido: es una suela de la mejor calidad.

Antonio Pérez.

Casa de las PANTALLAS

¡Preciosas, desde 2 pesetas. Aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Sólo los tiene **Romero.**

ROMERO.—Fuencarral, 68.

—Los amigos te echan de menos en el Café.

—¿De veras?

—Sí; debes ir...

—Pues por eso no voy: porque «debo».

Mona (Sevilla).

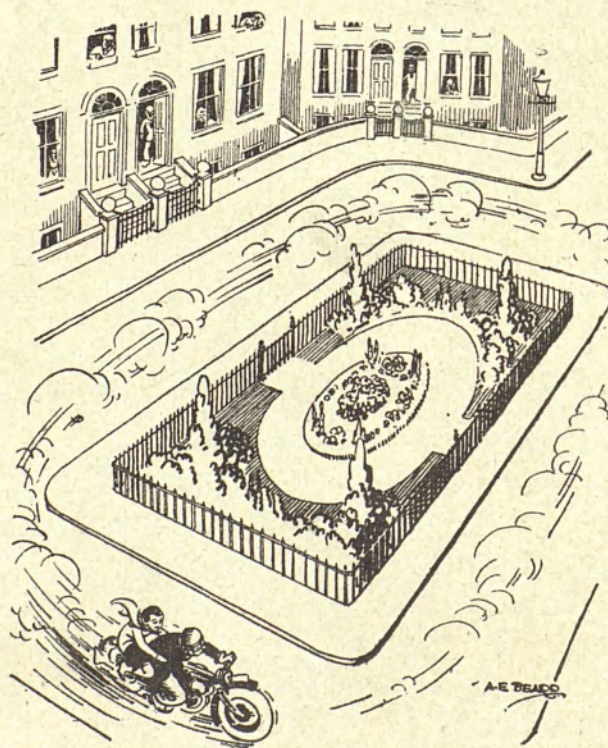
Un mendigo se hallaba durmiendo en el campo, y un enemigo suyo aprovechó la ocasión para cortarle la cabeza.

Al dar la noticia, un artesano que lo presencié fué interrogado por otro:

—¿Y qué hizo la víctima?

—Pues apenas vió que le había cortado la cabeza, se levantó, la cogió en sus manos, la besó humildemente, y, con la cabeza debajo del brazo, se dirigió majestuosamente a un hoyo próximo, donde se enterró.

F. Olivas Navarro (Madrid).



El corredor de dirt-track invita a su novia a dar un paseo en moto.

(De The Passing Show.)

TAPAS para encuadernar colecciones semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 ptas. una. Se remiten certificadas si al enviar el importe se acompañan 0,30 pesetas.

Unos chicos van por la calle cargados con grandes portafolios.

Uno: —¿Pues tú no decías que te gustaba más la música que estudiar?

Otro: —Sí, pero los libros cuestan menos de llevar; porque ¿tú sabes lo pesado que debe ser ir al Conservatorio con el piano en la espalda?

Pompas Fúnebres (Enguera).

CONSULTA

El médico: —Usted, lo que tiene es exceso de trabajo; que haciendo ejercicio, ¡mucho ejercicio!, desaparecerá en seguida el mal.

Enfermo: —Entonces, según usted, me conviene seguir trabajando.

El médico: —No, hombre: le digo lo contrario: que haga usted mucho ejercicio, ¡mucho gimnasia!

Enfermo: —Es que soy el trapicista del circo, ¿sabe?

Hércules (Enguera).

—Oiga, señor Viriato. ¿Es verdad que se ha comprado un reloj para dos usos?

—Sí, señor; gracias a él sé la hora que es y llevo el cabello bien peinado.

—¿Cómo! ¡Viriato, explíquese! —Sí, hombre, sí; me sirve también de fijador.

—Pero ¿por qué? —Porque es Omega.

Enrique Soto y Soto.

—Camarero, estos divanes huelen a chinchas que apestan.

—¿Cómo quiere usted que huelan, si se me acaba de romper una botella de Ginebra?

Jerónimo Ruiz.

—Doctor, ¿quiere usted permitirme a mi marido tomar cerveza después de cenar?

—¿Por qué?

—Porque desde que usted le dijo que no la bebiera después de cenar, no quiere nunca cenar.

Jorge Valent (Valencia).



—Deje de fumar, capitán, y prolongará usted su vida veinte años.

—¿No será ya tarde, doctor?

—Nunca es tarde.

—Entonces, empezaré dentro de diez años.

EN EL COLEGIO

El maestro ha hecho una pregunta a Juanito, y éste no sabe contestarla.

Un condiscípulo le dice por lo bajo:

—No hagas caso; el maestro es un burro.

—¡Pepe! —exclama el maestro—. No dudo que usted lo sepa... Pero deje a Juan que se convenza por sí solo.

Carlos de León.

EN LA PLAYA

—Chico, ¿tú aquí? ¡Agua! ¡Qué sorpresa! ¡Hola!

—Sí, harto de bañarme en la tinaja, pesqué el «botijón».

Carlos Atienza.

MENDICIDAD

El mendigo: —¡No hay prenda como la vista, hermana!

La señora: —Pero oiga, usted no es ciego.

El mendigo: —No, señora, pero por eso no dejo de reconocer que no hay prenda como la vista.

J. S. (Madrid).

Al señor Cirilo se le ha formado un grano en un brazo, y está asustado porque cree que tendrán que sajarlo. Llega el médico a su casa y le dice el paciente.

—¡Ay, doctor! ¿Usted cree que me tendrán que pinchar?

—Nada, hombre —contesta el médico—. ¡Si esto no es nada! Es un carbunquito, y habrá que hacer una sencilla operacioncita para cortar el bracio.

—¡Ja, ja, ja! ¡Tonto de mí, yo que creí que era algo grave!

Julio Sanz (Madrid).



—¡No tolero que saludé usted al sargento con esa familiaridad!

—Es que es íntimo amigo mío.

—No importa; aunque fuera su padre, tiene usted la obligación de respetarlo.

40 FOTOGRAFÍAS MUY ORIGINALES, DE PARIS, ULTRAINTERESANTES

Compuesta de varios modelos de tipo ultramoderno, constituye la colección actual más curiosa. Sólo quedan algunas series sobre papel color carne. Escribid urgentemente. Envío a todos los países bajo sobre cerrado, contra recibo de 20 pesetas en billetes de Banco, Giro postal internacional, sellos o cheque sobre París.

B. MARLÈNE Libraire

34, Rue Godot de Mauroy -- PARIS

CORRESPONDENCIA

MUY PARTICULAR

C. A. M. (La Coruña).—Su extenso y apocalíptico artículo titulado «El Estatuto de Cangas», no diremos que es una estupidez, ni mucho menos, pero sus relativos aciertos no llegan a dar completo derecho a figurar en nuestras páginas y a provocar el delirante entusiasmo del público. Se adivina, no obstante, en usted, una cierta predisposición humorista que nos hace suponer que puede usted ser uno de los pocos aspirantes a la mano de BUEN HUMOR que consiga alcanzar el anhelado «sí».

A. H. L. (Zaragoza).—Queda aceptada su composición. Si le parece que no es una locura enviarnos su firma completa para ponérsela al pie, hágalo en cuanto tenga un rato disponible; y, entre tanto, ingiera alegremente su parte de cena apostada y hasta brinde a nuestra egregia salud si le da la gana y se acuerda, al llegar los postres y el inevitable «champagne».

S. B. A. (Granada).—Escriba usted, en uso de un derecho que no pretendemos discutir, la siguiente friolera:

«Las tres y media... Mi mente se niega a seguir trabajando... Se cierran mis párpados... Me invade una deliciosa inconsciencia... Me voy a la cama...»

Pues nada, querido amigo, que pase usted buena noche y que duerma bien. No podemos, ni debemos, desearle otra cosa.

Chacota (Murcia).

Ilustre amigo Chacota: no me lo tome «usted» a mal, pero es «usted» un animal de bellota.

P. C. T. (Huelva).—Si artículo, titulado «El sueño», es una cosa como para estar un mes lanzando ronquidos pigmeos, estentóreos y exorbitantes.

J. N. G. (Pamplona).—Amabilísimo amigo y prójimo: la narracióncilla que nos envía no

nos ha enfurecido, como parecía temer usted, pero es tan corta, y además de una ingenuidad tan paradisíaca, que solamente leída en un convento de monjas, y por las cariñosas hermanitas, podría tener alguna eficacia carcajeante. A un paisano, digámoslo así, o a una persona invadida por las preocupaciones de la vida moderna, no le puede hacer gracia el cuento. Créalo usted, porque se lo decimos con el corazón casi en la palma de la mano.

V. P. A. (Alicante).

¿Sonetos con estrambote?
¿Romances haciendo el bú?
¿Tonto eres de capirote,
lo juro por tu «salú»!
¡Y estamos ya hasta el cogote
de poetas como tú!!

Armando Lío (Madrid).—Distinguido, a la par que desconocido amigo y compañero en la Prensa don Armando Lío: decir que aquí no admitimos líos, ni con mayúscula ni

con minúscula, creemos que bastará para que usted se dé perfectísima cuenta de que ha llegado usted en mala ocasión a esta honrada casa.

Doctor (Madrid).

Y «usted» es, querido doctor, más bruto que el anterior. De manera que hágame la merced de no volver a insistir con sus categóricas brutalidades, porque pierde el tiempo de un modo vergonzosísimo.

Lord Gay (San Sebastián).

Es muy poquita cosa, milord. Y no lo publicamos por lo que podrían decir los lores luego de nosotros... ¡Y de usted, que sería lo peor!...

D. J. C. (Madrid).—Queda admitida su guasa acerca de la oposición, destino y cesantía de Regúlez. ¡Está usted en un plan de suerte que atortola y empavorece, formidable amigo!...

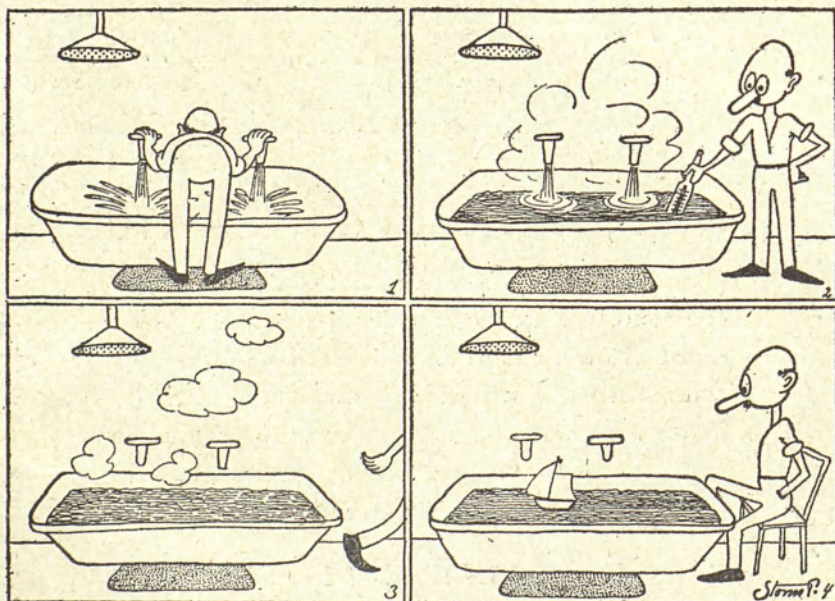
B. R. N. (Vitoria).—Un cómico malo que lamenta la subida de las patatas resulta tan absurdo como el que a mí me rebajen el alquiler del piso que ocupo.

L. S. G. (Málaga).—A los trabajos humorísticos les pueden ocurrir dos cosas: que estén bien o que estén mal. El de usted está peor.

A. T. C. (Alcalá de Henares).—No hemos sabido encontrarle la gracia a su narración. En confianza, ¿la tiene?

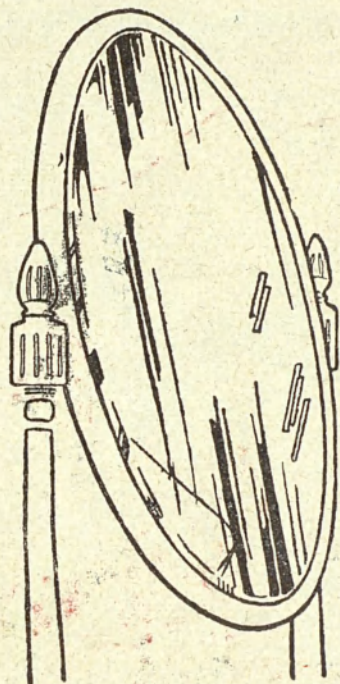
F. R. J. (Tortosa).—¿De manera que «El Abuelo», de Galdós, es una pieza?... Pues no sabe usted lo que le agradecemos el descubrimiento.

P. L. C. (Cartagena).—No se admiten reclamaciones, después de pasado tanto tiempo... ¡Ah! Y tampoco se admiten majaderías en verso, aunque no hayan pasado más que dos minutos.



Un hombre extraordinario.

(De Cándide.)



NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DE PRESIONES FACIALES.—SUA VIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE

PEDID FOLLETOS EXPLICATIVOS

CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

DEPOSITARIO-URQUIOLA-MAYOR.1-

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

GRAFICAS UGUINA. MELENDEZ VALDES 17. TELEFONO 41229. MADRID

BUEN HUMOR



El de la gorra.—¿Qué tal esa pesca?
El de la boina.—Bien; por la mañana, salmonetes, sardinas... y por la noche «merluza» gorda gorda que te tienes pues.

M. C. Valencia